

En la presentación de la edición conmemorativa de **Cien años de soledad**

Susana Cordero de Espinosa

de la Academia Ecuatoriana de la Lengua

Museo de la Ciudad

Quito, 29 de junio del 2007

Lo mejor que puede ocurrir ante la lectura en voz alta de los pasajes de **Cien años de soledad** -palabras de una crónica infinita que vibran en esta capilla, vieja de dolores y consuelos- crónica que todos habríamos querido escribir pues tiene la magia de interpretar el corazón, lo mejor que puede ocurrir, decía, es el silencio.

Quiero, pues, que mis palabras de esta noche, aunque inevitables, contribuyan a preparar el corazón para callar, a fin de dejar lugar a que penetre en nosotros, cada vez más y para siempre, la virtud de esta narración excepcional. Como lo hizo *Don Quijote de la Mancha* en su día, hace cuatrocientos años, y sigue haciéndolo hoy. Igual que entonces Cervantes descubrió en la palabra los anchos caminos de la vida española, G. Márquez descubre y desvela este Macondo que desde 1967 asumió gozoso que ya no podría entenderse a sí mismo, de uno y otro lado del océano, sin los cien años de vida de esta tremenda, fabulosa estirpe...

“¡Quiero ver al rey!”...

Esta fue la frase que recibió por respuesta un desconcertado Víctor García de la Concha, director de la Real Academia Española y presidente de la Asociación de Academias, cuando acudió a Barcelona a visitar a *Gabo*, como llaman sus amigos a García Márquez, para comunicarle la voluntad académica de conmemorar los cuarenta años de **Cien años de soledad** con una edición especial de su libro...

Asombrado ante la solicitud garciamarquiana, García de la Concha quiso cambiar de tema e ir al meollo del asunto, pero un persistente Gabo insistió: “¡Yo quiero ver al rey!”.

El director de la Real Academia no tuvo más remedio que prometerle hacer las gestiones para que se realizara esta aspiración tan macondiana, pues acababa de entender que, sin Rey, se corría el riesgo de que la reedición académica no existiera nunca... Y logró que el Rey Juan Carlos recibiera al escritor. Habiendo satisfecho su anhelo de ver al Rey, Gabo no solo aceptó la edición que hoy re-presentamos, sino que la corrigió de puño y letra, por primera vez después de los alucinados dieciocho meses que vivió escribiéndola, y que le dejaron de tal forma vivo en el alma ese Macondo, que nunca más quiso volver a leerlo. Pero esta vez sí, porque ya había visto al Rey.

Cuando García de la Concha preguntó al Rey lo sucedido en la entrevista con el escritor, aquél le contó, con la sonrisa en los labios, que García Márquez le había conminado: “Tú, rey, tienes que ir a Cartagena”.

Y ese lunes 26 de marzo, el Rey don Juan Carlos y la Reina Sofía estuvieron en Cartagena de Indias; su presencia fue un reconocimiento de que el idioma español que en 1492 viajó desde Palos de Moguer en las naves atormentadas de los buscadores de especias para naturalizarse en América, les había sido devuelto como debe devolverse todo don, todo talento que no se entierra: evangélicamente multiplicado, extendidos sus pesares y vigores por montañas, abismos, selvas, ríos y pantanos, de modo que la fortuna de la palabra adquirida les fue devuelta setenta veces siete veces y más...

El Rey vino a Cartagena.

Porque esa mañana luminosa ocurrió el acontecimiento esperado por tantos seres humanos en el mundo entero: el homenaje a Gabriel García Márquez en sus ochenta años de vida y cuarenta de publicación de su obra maestra. Se sucedieron los

evocadores y bellos discursos de Tomás Eloy Martínez, Antonio Muñoz Molina, Víctor García de la Concha y Carlos Fuentes, así como las palabras del Rey de España y las del presidente Uribe, coronados por el discurso agradecido y encantado del propio García Márquez.

El mexicano Carlos Fuentes nos hizo el regalo de la historia de su amistad: él y García Márquez, indecisos entre radicar sus empeños en el cine o en la literatura, trabajaban entonces en el Distrito Federal en una productora cinematográfica, pero dedicaban horas a discutir sobre el uso de la coma en una oración o el empleo más apropiado de cierta palabra. Y Fuentes concluyó: “Nos importaba más lo que se leía que lo que se veía, hasta el punto [de] que Gabo me dijo: ‘¿Fontacho qué vamos a hacer? ¿Salvar el cine mexicano o salvar nuestras novelas?’ ”.

Al alabar la imaginación portentosa de su amigo y su sentido de la irrealidad, contó Carlos Fuentes que, estando en Estados Unidos, supo por la prensa que Julio Cortázar, amigo común y querido, había muerto. “Llamé a Gabo y le dije la tristeza que sentía por la noticia de la muerte”. Y Gabo me respondió: “Carlos, no creas todo lo que lees en los periódicos”... Y concluye Fuentes: “Este es el genio de García Márquez: nos enseña que la ficción es parte de la realidad...”.

Así siguió con la narración de un viaje en carro con Gabo por caminos mexicanos. García Márquez quiso hablarle por primera vez de la novela que tenía en mente; cuando Carlos Fuentes se volvió a mirarlo para entender mejor, lo vio aureolado con uno como fulgor sobrenatural, especie de halo de santo alrededor del rostro. El escritor mexicano no preguntó más, pero tuvo la intuición de que le había sido anunciada, sin decírselo, la gestación de la mismísima América.

Por su parte, Gabo, con su inigualable magia, llevó al auditorio cartagenero a la ciudad de México en 1965 y 1966, en donde durante dieciocho meses trastornados se dedicó a escribir la novela que estaba en su alma desde años que colindaban con su Aracataca, con el abuelo de su primer lustro, con el corral de gallinas de la abuela ante la calle polvorienta, con sus historias y

gentes; con abrazos fantasmales y muertos que retornaban, y con el lejano teclear de su padre, telegrafista silencioso; el resultado de esos sueños, ni la más enfebrecida imaginación habría podido esperar.

El discurso garciamarquiano fue un claro y merecido homenaje a la presencia de su mujer, Mercedes Barcha, gracias a cuya fe en el talento del escritor y a cuya paciencia inagotable para disimular las deudas, el hambre y las dificultades de aquellos largos meses de redacción de la novela, pudo sobrevivir la familia. Se trajeron anécdotas que nos vuelven el libro más cercano: abrumada de deudas, doña Mercedes conminó a su marido a que acabara de una vez, porque el dueño de casa había amenazado con echarles y ella lo detuvo, jurándole que pagarían hasta septiembre ‘próximo’ toda la deuda. -Tienes que terminar antes de agosto, le dijo; y cuando hacia mediados de julio fueron a despachar el legajo para Buenos Aires, solo tenían consigo 53 pesos del alma. Tan lejos aún del universo virtual que hoy nos convoca y comunica, en la cercana oficina de correos comprobaron que las más de quinientas páginas arduamente mecanografiadas pesaban demasiado para tan corto presupuesto: no podían enviarlas por menos de noventa pesos. Gabo dividió entonces en dos la novela y mandó la primera parte a “Editorial Sudamericana, Buenos Aires”. Al cabo de dos o tres semanas –lo menos que tardaba entonces en ir y venir el correo por los aires de América- recibió un cheque de quinientos dólares con una exhortación urgente: “¡Por favor, Gabriel, mándanos la primera parte de la novela!”.

Poco tiempo después, pagado el alquiler de la casa, garantizado sin más angustias el alimento cotidiano, comenzó su camino por el mundo este clásico del siglo XX en lengua castellana, gracias al cual no solo se conoce mejor a América Latina, sino que se la ama más. Pues a esto aspiraba Gabo, según confesión propia cuando respondió al forzoso lugar común de algún periodista que inquiría el porqué de su escritura: “escribo, contestó el autor, para que mis amigos me quieran más”. Pero entonces el escritor caribeño constató que no solamente a él, de

modo personal, se lo quiere cuando se lo lee, sino que quien se acerca a su libro ama más a América. Ama a Macondo creado y recreado en cada corazón.

El modo de pensar y de pensarnos que García Márquez plasmó en esta novela toma en cuenta la infinita variedad de acontecimientos internos y externos que han intervenido en cada una de las experiencias vivas de nuestra madre América. Dota a cada personaje de tal y tan humana complejidad que los vuelve símbolos y explicación de momentos que cada uno de nosotros vive en su propia y recóndita soledad, o que vivimos públicamente: guerras, penas, alegrías, usurpaciones incluidas; congoja y melancolía.

Universo de cien años completo y perfecto, en el que cada personaje, cada palabra tienen sentido en relación con los otros, entorno de intuiciones, historias, sentimientos, colores, humor y silencio. En este libro, muchos escritores, tal vez demasiados, han encontrado y siguen encontrándolo el sentido de la escritura. Una vez más y por esta razón, podemos y debemos compararlo con el Quijote, pues las dos obras nos dan lecciones de lo que el universo de los libros puede hacer por nosotros. De cómo su espejo nos deforma o refleja, dejándonos desnudos frente a nosotros mismos.

En **Cien años** se conserva el aire pantanoso y crepuscular del galeón español apenas desenterrado, y el límpido aire de un mundo que no habiendo sido dicho, se preparaba para encontrar las palabras que lo nombraran; la presencia obsesiva de la muerte, la melancolía del muerto que regresa porque no puede soportar la tristeza de la inmortalidad. En ella se conservan palabras dichas por primera vez, con su aire fresco y desolado. Nos detienen su gozosa sensualidad, la risa y el jolgorio, el juego, el baile y el infinito repicar de miles de cajas de música coreando la misma canción del amor imposible, sobre el fino talante empalidecido de tanta agonía, del italiano Pietro Crespi y sus zapatos de charol de bailarín desconsolado. El efecto maravilloso de su lectura se eleva en la sensación de que en estas páginas vamos siendo descritos

con recóndita, pero omnipresente melancolía, que se nos hace el milagro de narrarnos a nosotros mismos.

No podemos sino felicitar a Víctor García de la Concha y a la Asociación de Academias por haber hecho posible que García Márquez viera al Rey. El resultado de la gestión regia no pudo ser mejor: esta nueva edición que, además de haber fijado el texto corregido por su autor, viene precedida de magníficos estudios realizados por connotados novelistas y críticos, entre los cuales se cuenta el antiguo capítulo de Mario Vargas Llosa incluido en **García Márquez: historia de un deicidio**, viejo libro no reeditado hasta hoy, con cuya elaboración el autor peruano obtuvo el doctorado en la Universidad Complutense de Madrid allá, por los años de 1971. Corona la nueva edición de **Cien años** un glosario de americanismos, y lo inicia nada menos que el árbol genealógico de los Buendía, desde los primos temerosos de la cola de puerco, José Arcadio y Úrsula Iguarán, hasta el último Aureliano de la estirpe.

La obra garciamarquiana nos comunica hasta el punto de que todos sentimos que vivimos en el mismo pueblo de palabras, el mismo inusitado, inolvidable Macondo.

Aquella mañana, desde las once horas cartageneras, reyes, presidentes, ex presidentes, escritores, académicos y la comunidad rindieron tributo al escritor colombiano más importante...

Fue un cenáculo en el que se encontraba lo más granado de entre los cuatrocientos millones de hablantes del español, representando orgullosamente cada uno a todos, uniendo a los más pobres, a los más marginados, a los solitarios y a los acompañados, a los incapaces de ser amados o incapaces de amar, en el homenaje al escritor que en el siglo XX posibilitó nuestro autonocimiento y nuestra mayor unidad.

Pues si hay un escritor que haya unido a los seres humanos gracias a su gracia, a su fantasía y genio, es García Márquez. A la sombra del Quijote: nada más, pero nada menos. Como colofón al éxito sin precedentes de su libro durante estos cuarenta años,

cada uno de los tres días siguientes a su presentación, se vendió en el Caribe colombiano un ejemplar del libro por segundo.

Mercedes, a su lado, bella y exótica aún, boticaria de pómulos altos y ojos profundos, sonreía...

Luego subió al escenario del salón cartagenero un conjunto musical de niños vallenatos, a dedicar al escritor canciones que reproducían escenas y sueños de **Cien años...** Sus voces puras llenaron el teatro en el que no cabía una persona más.

De repente, sin que nos diéramos cuenta de cómo sucedió ni de dónde venía ni por qué, se agitó el aire de la inmensa sala con miles, millones de aleteos; eran, pronto nos dimos cuenta emocionados, los mismos levísimos sacudimientos que hacía cuarenta años anunciaban al mundo la presencia de Mauricio Babilonia, precedido, en un destino que le obligaba a la desgracia o a la gracia de no pasar inadvertido, por infinitas mariposas amarillas.

Y entonces, a pesar de los aplausos atronadores, volvió a surgir el silencio.